EDITORIAL MURAL

SIETE CUENTOS URUGUAYOS

A. MONTIEL BALLESTEROS, El Sauzal. (BOY) ANTONIO SOTO, Las parejas negras. ARTURO SILVA La fisonomía perdida. ALBERTO D. MALMIERCA, Cuanti mas nombres.. JULIO VERDIE, Sodomita. CARLOS SABAT ERCASTY, El dilema de la rosa. I. PEREDA VALDES, La ciudad de los espejos.

MONTEVIDEO
1 9 2 9

EDITORIAL MURAL

SIETE CUENTOS URUGUAYOS

A. MONTIEL BALLESTEROS, El Sauzal. (BOY) ANTONIO SOTO, Las parejas negras. ARTURO SILVA La fisonomìa perdida. ALBERTO D. MALMIERCA, Cuanti mas nombres... JULIO VERDIE, Sodomita. CARLOS SABAT ERCASTY, El dilema de la rosa. I. PEREDA VALDES, La ciudad de los espejos.

MONTEVIDEO
1929

A R T U R O   S.   S I L V A

La fisonomía perdida

Hace algún tiempo murió loco en un hospital de Buenos Aires, un gran artista, cuya actuación escénica en el Río de la Plata lo consagró como actor de gran empuje e intérprete de difíciles personajes. Su carrera fué tan rápida, como brillante su actuación. Nacido en Montevideo, comenzó de muy niño a trabajar en un circo, interpretando con sus padres y hermanos aquellos viejos dramones criollos que hicieron las delicias de nuestros padres a fines del siglo pasado. La vocación escénica de este excepcional artista, se manifestó en forma extraña, desde niño. Ya en la escuela, y cuando sólo contaba siete años, era un terrible imitador de la fisonomía del maestro y de los compañeros de clase, así como de las de otros ilustres personajes. Esta actitud tan precozmente manifestada, causóle al pequeño más de un disgusto, entre penitencias del maestro y golpes de sus condiscípulos.

Los azares de la farándula lo llevaron lejos de Montevideo, y al cabo de algunos años, apareció, hecho ya un hombre, actuando en los escenarios bonaerenses. Su vida fué rara y desconocida hasta para sus amigos más íntimos. Pablo, o Pablito, no pudo ir más allá. Cuando se esperaba de él cosas enormes; cuando su talento comenzaba a adquirir esa madurez que da seguridad y firmeza a la labor de un artista y le permite penetrar en el dominio de sus creaciones, sorprendió y conmovió a todo el mundo intelectual la noticia de que se había vuelto loco. En efecto, enloquecido estaba por una causa extraña. Pero nadie lo sabía. Una vez más la vida íntima de un hombre que logra conmover a públicos enormes y selectos, había pasado como por detrás de una cortina que ninguna mano alcanzó a descorrer. Pablito enloquecido... Se habló un poco, y su gloria se apagó, tras el olvido.

Fué a parar a un hospital. Algún empresario, a quién seguramente había enriquecido, lo visitaba de vez en cuando. También de tarde en tarde, uno que otro cronista, de esos que nunca faltan, lo iba a visitar al nosocomio, acompañado de un fotógrafo, y en los cotidianos aparecían después, crónicas ilustradas del pobre demente.

Vegetaba así, olvidado, sólo en la compañía de

sus íntimos y de la mujer que había llegado a su corazón. Siempre hay una mujer que vela cuando un hombre se pierde en las sombras. Ello no le servía de consuelo; pero lo amó en su derrota y su obscuridad, y esto la redime. El, nada supo.

Ahora, a raíz de su muerte, — una muerte callada, lenta, prolongada — volvióse a hablar de Pablo. Ya sabemos como los diarios explotan estos hechos. Y así pasó su vida, su gloria, su amor...

Pero esto no es nada. Nada más tampoco podían hacer los hombres. Fuerza es no rebelarse contra la corriente natural de las cosas y de los seres. A Pablo se le condenó injustamente. La opinión pública, que la formaron sus amigos íntimos, tenía que dar una justificación a su enfermedad. Una causa física tenía que haber provocado la crisis que cortó la carrera del artista. ¿Qué podía ser, sino la terrible enfermedad contraída en la vida de libertinaje? Se dijo, pues, que Pablo había enloquecido a consecuencia de la sífilis que minaba su cuerpo. No había duda. Tras la sífilis aguda, la nulidad mental como una prolongación inmanente del terrible mal. Y así quedó.

A Pablo no lo conocieron. Su vida fué de una pureza modelo, y tenía un alma supremamente hermosa, soberanamente absoluta de artista, para que la pudie-

ran destrozar gérmenes ajenos al desarrollo natural de un cuerpo joven y sano. Pablo murió de su propio arte. Fué artista desde niño. No recordaba cuando había sentido el primer impulso de su extraordinaria vocación. Al despertar en conciencia y razón, ya estaba en el camino tortuoso que debía terminar con él.

Cuando su madurez mental logró formar el concepto claro y acabado de su gran arte, todas sus fuerzas anímicas se reconcentraron hacia un fin: la interpretación fiel de la vida de los personajes que emulaba. Su sentimiento, su sensibilidad, su pensamiento, absorvían para sí las cualidades de sus hombres. Tal era la compenetración que hacía de ellos, que fué olvidando las virtudes de su propia personalidad. Y extendía su deseo, no ya a la expresión verbal del tono matizado, según el curso de los acontecimientos que movían al ser creado por el autor, sino que ponía en la manifestación fisonómica, algo más que el gesto circunstancial; quería dar a su rostro la exactitud del carácter en conjunto, los trazos prominentes o ligeros, todo lo que fuera un signo inequívoco de la vida interior del personaje. Esto, en él, era pasión absorvente. Jamás se presentó en escena sin antes haberse compenetrado de que la realidad física de sí, daría la sensación de los estados de alma. La tragedia, por lo

tanto, fué su gran ambición. Porque en la revelación de las pasiones que la provocan o provoca, está la fuerza profunda y desconocida de la vida que domina a los hombres y juega con ellos por encima de toda voluntad.

Eso era lo que ambicionaba: crear en él esa fuerza que lo arrastrara, que lo hiciera mover y hablar, sin poner de su parte, ya en el juego de la farsa, el inteligente y calculador dominio que cuida y dirige todos los detalles. Se sentía perdido en el mundo de caracteres encontrados con toda la gama de sus infinitas variaciones. No podía, de ninguna manera, pensar en sí. Iba alejando su alma cada vez más. Cada vez más su pensamiento se desencontraba con su vida, se diluía, se perdía en el obscuro tráfago de los pensamientos de los demás. Vivía como vidas múltiples, sobresaltado por los padecimientos o goces de los seres imaginados a los que daba una soberbia realidad.

Las transiciones por las que debía pasar, lo mantenían en una tortura alucinante. Convirtióse así su vida en un desórden abrumador. Y vivía para ello, fuera de lo cual, le hubiera sido imposible orientarse cuerdamente. No tenía, tampoco, ninguna otra pasión. Todos los menesteres de la vida práctica se sucedían

con la impulsión de algo mecánico y regulado; nunca pudo dejar llevar su corazón por otras pasiones que no fueran las de sus personajes, en la vida de los mismos y para los mismos.

A la interpretación de grandes obras, sucedió el deseo de dar la de hombres prominentes. Se dedicó, pues, a estudiar la obra, y particularmente la vida, de los grandes hombres. Y creó una especie de representación monologal, en la que aparecía interpretando a personajes históricos en determinados y circunstanciales pasajes de sus vidas. Como para los personajes ideados, para éstos optaba por el mismo procedimiento. Pero era más torturante, más empecinado. Mientras aquéllos eran una ficción creada con retazos de realidad; éstos, por el contrario, eran la realidad misma. Llegaba al extremo de querer sentir lo que ellos habían sentido, y a darle a su rostro la expresión, no ya fotográfica, sino movida, reveladora de los más íntimos sentimientos e ideas. Llevaba su locura de fidelidad, hasta querer sentir la sensación de poseer la altura de inteligencia, el radio de conocimientos, la intimidad de sus actos, de esos hombres, y este afán lo martirizaba como ningún otro, porque su mentalidad no podía dar forma luminosa a lo que en realidad quería, y porque su talento no tendría ja-

más la elasticidad para engrandecerse o encogerse de acuerdo con el que creía descubrir en ellos.

Días y noches de obsecuente búsqueda. Para él, no era nada ponerse frente al espejo con un retrato en la mano y copiar, sin mayor maquillaje, el aspecto del mismo. Lo que anhelaba era consustanciarse con su alma, y que ésta le fuera dando paulatinamente la expresión del rostro. ¡Qué tarea inútil! ¡Qué locura! Al principio así lo pensaba; más después logró olvidarse de estas cuerdas observaciones y siguió entregado a su ardua y desconocida obsesión.

Llegó el momento en que el artista decaía para el público. Su profunda humanidad se sobreponía a su genio interpretativo, al alerta de su voluntad creadora. Tenía sobresaltos, gestos repentinos y arbitrarios, palabras y períodos que el autor no había puesto en boca de sus héroes... En medio de una escena magistralmente culminada, se dejaba arrastrar por decaimientos, por una tristeza, lleno de desánimo. Para él, era lo máximo de su arte. Era cuando llegaba al fondo mismo del personaje, cuando ya no era él, ni el autor, sino la vida misma, la pasión, el amor, el dolor, que vibraban en aquel ser creado por la fantasía y ya vivo ahora por el milagro de su entrega furiosa a esa alma imposible... Más entre las bambali-

nas, sobre las tablas y en la platea, no se entendía así: era la decadencia del actor famoso...

Pero se supo pronto que no había tal decadencia. Los síntomas ineluctables de una perturbación mental desviaban al artista de su centro. Fué un dolor general. A decir verdad, Pablo nunca se había encontrado más dueño de sus facultades artísticas.

En estas circunstancias de virtual exaltación tenía que acentuarse la anormalidad hasta el fracaso definitivo. Y sucedió lo que se hubiera considerado anormal en un actor del volumen artístico de Pablo. Una noche, durante la representación, desvirtuó en tal forma el personaje que encarnaba, que el fracaso fué aplastador. Los mismos actores que lo acompañaban quedaron paralizados. El artista, desentralizándose de la acción, había seguido un curso opuesto al condigno de la obra. Vivió su vida propia, como encarnando una figura irreal, ya prendida con garfios profundos a la vida real que era él mismo. Hubo una profunda emoción y punzante silencio dominó a todos los espectadores. Ya no fué posible volver atrás. Cuando el telón bajó, un murmullo agresivo dominaba en la sala. — Pablo, solo en su camarín, había caído como abotagado. No comprendía lo que le pasaba. Acostumbrado a los aplausos frenéticos, a las salidas a es-

cena, a los llamados interminables, en medio de triunfos delirantes, aquello era aplastador. Todo un derrumbe. No alcanzaba a comprender lo que pasaba o lo que había hecho. Se espantó ante la incomprensión del público. Gimió. Lloró. Y en la alucinación del momento febril, vió cernirse la sombra decisiva de la anulación sobre su luminoso pasado. Ya más nunca volvería al teatro. Y fué así.

Preso de una fiebre delirante, pasó semanas enteras en el lecho, torturado y lleno de una infinita amargura. Aquel prolongado reposo no curó al artista. Bajo el aluvión de sus ideas, no comprendía nada. Tuvo, empero, una gran desviación su pensamiento. Cuando pasó la tempestad, cuando el reposo se hizo innecesario, comenzó a pensar en sí mismo. Se juró no volver a la escena, en medio de un gran dolor. La serenidad de su espíritu lo puso en contacto estrecho con la realidad de su propia vida, de la que había permanecido tan alejado. Se propuso vivir para sí, ser él, como tantos otros en el desarrollo integral de su personalidad. Tuvo sueños infinitos, y comenzó a aborrecer la figura de todos los hombres ficticios que había interpretado...

Un día, ya en posesión de dominio, mientras se vestía, se vió frente al espejo. Tenía para sí que ya

no era el artista, el émulo, el simulador infatigable. Enfrentó su rostro a la luna iluminada del espejo, y comenzó a mirarse con persistente fijeza. El espejo había sido su fiel amigo, confidente y consejero inefable. Frente a él adoptaba todas las actitudes y ensayaba todos los gestos hasta llegar a la perfección buscada. — Pero hoy le ocurría algo muy distinto. No contempló en la imagen reflejada, nada más que simulacros de gestos que desconocía, que no eran de él. ¿Cuáles eran sus gestos, propiamente? ¿Cómo era su fisonomía? Sus ojos brillantes tenían una hondura sombría, lejana, imprecisa, fuera de su alma. Las líneas de su rostro no daban la sensación de lo que sentía. Una inquietud vibrante y hasta nerviosa se delataba en su cara, contraída y huraña, espantada. Hasta los movimientos de sus manos parecían impulsados por una extraña voluntad.

—¡Yo! ¡Yo! — gritó fuera de sí — ¿Dónde estoy? ¿Cómo soy? Ese rostro es el de los otros, lo conozco bien. ¿Dónde está el mío, ¡el mío! el verdaderamente mío?

Se reía, contraído, alargado, tomaba poses diversas, trágicamente cómicas, vagas e indeterminadas. Era como un mandato ajeno a su propio deseo lo que imperaba allí. Eran **los otros** que se habían apoderado

de su fisonomía para deformarla, perderla, transfigurarla...

Creyó al principio que aquello era una alucinación de un momento fugaz. Se tendió en el lecho y quedóse postrado, en un delirio de imaginación abrasadora. No comprendía nada de todo aquello. Quería ser él, tal como nunca se había visto. Todos sus retratos de antes lo daban como artista en poses estudiadas. No tenía una sola fotografía del hombre que él era. de un momento en que el artista estuviera fuera de sí. Pero no había sido más que artista, aquello era imposible.

Volvió a lo mismo, a contemplarse, a mirarse largamente, y vió que infinitas caras, desde el espejo, lo contemplaban con visajes de burla... Se habían apoderado de él. Días y semanas pasó en el afán de volver a la normalidad. Por lo contrario, su cerebro se obscurecía. Andaba como entre tinieblas, con la idea fija, con la martirizante idea de saber cómo era. — Sus amigos, y los que lo frecuentaban, no imaginaban la tragedia que se desencadenaba en el alma de aquel pobre hombre, y que terminaba con su razón.

Y la locura en realidad, llegó. Ya perdido en la sombra de sus dolorosos pensamientos, su última lucidez fué la de saber que era un hombre, un hombre co-

mo los demás, pero que había olvidado, ¡qué había olvidado! su propia fisonomía. Un hombre con cara de otros hombres que se burlaban de él, que se le reían, le hacían gestos infinitos... Y cuando una tarde, en el martirio de su gran desolación, logró vencer su cansancio, incorporarse en el lecho, se levantó como llevado por la mano de una débil esperanza, hasta llegar al espejo; ya no vió nada... nada más que unos ojos profundos y sombríos, llenos de luz lejana, como si a través de los cuales hubiera pasado toda la tragedia humana en la revelación de las más violentas pasiones.

Recuperó sus energías en un ataque furioso. Rompió el espejo, desoló la habitación, y loco ya, salió corriendo en saltos desarticulados, escaleras abajo, gritando con rabiosa desesperación:

—¡Cómo soy?! — ¡Cómo soy?!...

A N T O N I O   S O T O   (B O Y)

Las parejas negras

EN EL HOTEL

Lo curioso fué que aquella mañana, cuando compré los diarios, lo único que se me ocurrió leer fueron dos cosas que yo no había leído jamás: las esquelas de defunción y la crónica del delito. ¿Qué podía asociarme a eso? Evidentemente, nada. Pero esto lo afirmé con precipitación un poco sospechosa, como curándome en salud, en tanto que me palpaba con las dos manos el considerable bulto que me formaba en el pecho la billetera a punto de reventar.

Mediaba ya la mañana. Yo me había despertado al amanecer, con los primeros rayos de sol que penetraron por la ventana de aquel cuarto de hotel donde me encontraba por vez primera.

Lancé a todas las paredes una mirada de asombro y repentinamente me volví para meter una mano debajo de la almohada y sacar el mazo de billetes de

Banco. Antes de contarlos me arrojé del lecho y examiné la cerradura de la puerta de la habitación. Al parecer nadie la había tocado.

Recordé. Sonreí. Me dije:

—¡Qué tontería! Estoy borracho de susceptibilidad. La mayoría de la gente, en estos casos, se emborracha con otra cosa más apropósito. Pero yo creo que ese es el despropósito.

Conté el dinero inmediatamente. Quince mil quinientos pesos. Se dice pronto, ¿verdad? ¡Pero, había qué ver el fajo! ¡Había que verlo en la mano, como lo tenía yo! Me quedé así contemplándolo y pensé en lo simpático que me había parecido el hombre de la ventanilla que me lo había entregado. Nuevamente sonreí. Por asociación de imágenes y sensaciones vivas, formaron ronda en mi pensamiento los pormenores constitutivos del fenómeno ocurrido la noche anterior.

EN LA RULETA

Yo no había entrado jamás en la Ruleta. Creo que tampoco hubiese entrado aquella noche si lo angustioso de mi situación no me hubiera inducido a liarmar la manta a la cabeza, exponiéndome a perder unos cuantos pesos que, de todas maneras, me dejaban el problema sin resolver. Además, llevaba en abono de

mi conciencia el haber oído decir que, en la Ruleta, cuando se juega por primera vez, se gana fatalmente. Sí: fatalmente. Es la palabra que corresponde.

Entré un poco cohibido. Al entrar miré a un lado y a otro, y en seguida me topé con un joven conocido, que me puso una mano en un hombro y me dijo soplándome al oído:

—¿Quiere usted ganar en fija? No pierda tiempo. Váyase derecho a la tercera mesa y cárguele de firme a las parejas negras. ¡En fija! ¡En fija! Esta noche ya se han dado catorce veces seguidas. El once hay que coronarlo porque se repite mucho.

Como todos los habitúes de la Ruleta, aquel hombre suponía que yo lo era también y se me expresaba en términos totalmente jeroglíficos para mí; pero sus palabras sonaron en mi corazón tan canoramente, que yo le contesté con gesto imperativo:

—Acompáñeme usted.

Frente a la tercera mesa, cuando llegamos, oímos cantar al de la bolilla:

—¡Negro el ocho!

—¿Ve usted? Vuelven a darse las parejas negras.

—¿Pero qué es eso de las parejas negras?

—Ah, ¿pero no lo sabe?

Con un poco de vergüenza, le confesé mi ignoran-

cia. El hombre me lo explicó mientras yo adquiría las fichas. Poco después, al colocarlas de a pares en el medio de las rayas divisorias de los cuadrados negros coincidentes, sentí como que la sangre me golpeaba en las venas de las muñecas. Tenía el momento una solemnidad violenta, una solemnidad de impulso un poco sádico. La bolilla volvió a circular.

—No va más — dijo el tirador.

Y agregó a los pocos segundos:

—¡Negro el veintinueve!

Mi amigo se me acercó:

—Otra vez.

—¿He ganado?

—Claro que sí. ¿No ve usted que el veintinueve forma pareja con el veintiséis?

Me entregaron treinta y seis fichas de a peso. Recuerdo la cantidad perfectamente porque, de todas las que siguieron entregándome, aquella fué la única que dominé con la imaginación. Mi amigo me apuntó, aludiendo al número cantado:

—Corónelo bien, por si acaso se repite.

—¿Cómo se corona?

—¿Tampoco sabe usted eso?

—Soy un animal.

Me indicó la maniobra en pocas palabras y yo co-

roné la cifra atropelladamente. El veintinueve repitió. Yo no sé cuanto dinero me entregaron. Coroné otra vez el número con fichas de a veinte pesos. Otra vez el veintinueve se repitió. Empecé a hacerme un gran lío con aquellas pilas de fichas que me ponían al alcance de la mano. Por detrás, mi compañero me dió un tirón de la ropa. Dijo en voz baja:

—Ahora no le juegue todo: guárdese los fichones de a cien pesos y continúe cargando las parejas negras con lo demás.

Aquello era fabuloso para mí. Al volver la cabeza para comunicárselo a mi acompañante, noté que ya la gente se agolpaba en torno nuestro. Esto me produjo cierta turbación. Pero mi acompañante me inyectaba bríos.

—No haga usted caso de nada. Siga cubriendo, que se siguen dando. Así, así, así. Ahora, cárguele al cero. Es la pareja del dos.

—Tome — le dije. — Juegue usted también.

—De ningún modo.

—¿Por qué?

—Porque le voy a quebrar el juego.

Sonreí con sonrisa indescifrable. Ya no era en las venas de las muñecas donde sentía los golpes de la sangre; los sentía en las sienes, en la nuca, en la

garganta, en el pecho, como una oleada que invadía regiones más altas, las regiones de rango superior. Cuando al cabo salió un colorado que me quebró la figura, ya habían salido — ¿cuántas?, no sé — ya habían salido diez o doce veces las parejas negras. Sobre el tapete, mi última postura pasaba de ochocientos pesos. Pero ni siquiera esta postura la perdí totalmente porque el colorado que cantaron lo rocé de refilón con algunas fichas y acerté varios plenos cuyo importe dejé de gratificación para los muchachos. Al retirarme oí exclamar a uno:

—¡Dos veces han tenido que reponer la banca!

Me aproximé a la caja de conversión con los bolsillos cargados, y me dieron este fajo de billetes que ahora tenía en la mano.

EN LA CALLE

Las sensaciones se me atropellaban en el torrente de los recuerdos. Ya en la calle, muy cerca de las dos de la madrugada, la realidad desencarnada de toda aquella vestimenta fabulosa que le había dado la embriaguez de la atmósfera del salón de juego, me planteó un problema difícil de resolver. ¿A dónde iba a parar con todo aquel dinero?

Puesto que lo primero que necesitaba era sole-

dad, se me ocurrió refugiarme en el cuarto de un hotel. Era el cuarto en que me hallaba, al amanecer de aquella fecha única, con el fajo de billetes en la mano. Pero el problema continuaba en pie. Aunque parecido, mi caso no era el mismo que el de la hormiguita que encontró una moneda en la puerta de la calle y se quedó pensando en qué la gastaría. Sin mucho más cerebro que la hormiguita, lo que a cualquiera en mi lugar podía ocurrírsele era presentarse a un Banco para depositar allí el dinero, como primera providencia.

Pero esto también se dice pronto. Lo que a mí me pasó fué que me guardé el dinero, me lancé a la calle, me dirigí al barrio de los Bancos y fuí deteniéndome frente a cada uno. En ninguno, francamente, me atreví a entrar. Cuanto más lo pensaba más volumen tomaba en mi alma la convicción de que no era posible que un hombre de mi tipo y condición se presentase en un Banco serio con un fajo de quince mil pesos sin despertar sospechas poco apetecibles. Tampoco me parecía muy oportuno el presentarme diciendo:

—Vengo a que me guarden esto que acabo de ganar en la Ruleta.

¿Qué pensaría el Gerente de un Banco serio? ¿Y donde hay un Banco jocoso en este país?

Empecé a caminar por la ciudad, con el sombrero en la nuca y el paso incierto y precipitado. No sabía qué hacer ni a dónde ir. La gente de mi familia había emigrado y yo paraba por aquel entonces en un modesto cuarto de casa de huéspedes con dos o tres compañeros que me inspiraban escasa confianza. Toda ostentación, con ellos, parecíame temeraria. Lo mejor sería retirarme de allí calladamente y pensar en una buena colocación de mi dinero. ¡Mi dinero! Porque yo tenía dinero. Cuando me palpaba aquel bolsillo con la billetera a punto de reventar, en mi alma soplaba una racha de alegría que aventaba de momento todos los obstáculos y todas las preocupaciones. Para un hombre como yo, que nunca ha tenido nada en los bolsillos, el encontrarse en posesión de tantos miles de pesos contantes y sonantes adquiere la pujanza de una fuerza que lo hace a uno sentirse todopoderoso. Entonces yo apresuraba el paso, caminaba con firmeza, casi con ademán de desafío, y experimentaba un vago sentimiento de indulgente menosprecio hacia todas aquellas cosas que llenaban los escaparates de las tiendas, de las joyerías, de los bazares y que con tanta melancólica impotencia había contemplado siempre. ¿Qué podía haber en aquellos escaparates que yo no pudiera adquirir en cuanto me diera la gana? ¿Un bastón? ¿Un anillo? ¿Un

reloj? ¿Un sombrero? ¿Una bombonera? ¿Un automóvil? ¡Bah, bah, bah! No tenía más que entrar y tirar de la billetera para dejar embobados a todos los comerciantes. Sólo que no me daba la gana. ¿Para qué? ¿Para qué? ¡Pobre gente! Lo mismo que fijarme en las mujeres, en aquellas tan lindas, tan elegantes y tan perfumadas con quienes me cruzaba por la calle. ¿Una novia? ¿Una esposa? ¿Una querida? ¡Vaya un mérito! Llevándome quince mil duros en el bolsillo, no veía la dificultad de la conquista. Ya tendría lo que quisiera a plena satisfacción.

Al pasar por el escaparate de una tienda advertí con cierta alarma que los ojos me brillaban demasiado. Era preciso no perder el tino. Poco después, al cruzar ensimismado una bocacalle, por poco no me aplasta un automóvil. Esto me produjo pánico. Cuando uno anda sin nada en los bolsillos, poco importa que lo aplasten en la calle; pero con quince mil pesos en la cartera, lo pensaba y me horrorizaba el espectáculo. Los diarios dirían al día siguiente: "Un suceso sombrío y misterioso". Y sería lo peor del caso que a los diarios no les faltaría razón. ¿Quién ha visto una cosa tan absurda? ¡Ah, no! Hay que saber ser persona de importancia y guardar una norma de conducta. He aquí lo que entonces se me ocurrió: alejar los peligros del tráfico alqui-

lando un automóvil que pasaba. Pero me coloqué en el cordón de la vereda para observar la fisonomía de los choferes y concluí por pensar que antes de todo necesitaba munirme de un revólver. Ya no era yo como antes, un sociólogo enemigo de las armas. Me dirigí a una armería y me detuve en la puerta. De pronto tuve que desistir porque todo el dinero lo llevaba junto y me pareció imprudente el desenfundar en público aquel mazo de quince mil pesos. ¿Qué podía pensar la gente?

Esta engorrosa dificultad, tan pueril al parecer, me impedía almorzar, y hasta tomar una taza de café al volver a la pieza del hotel, y otra vez encerrarme por dentro. En cierto modo, no acertaba a distinguir con claridad lo que me diferenciaba de un delincuente.

EL DESENLACE

Si esto fuera un cuento o una novelita, pronto le encontraríamos un desenlace audaz e impresionante. Pero la realidad no es literatura y el drama tiene en la vida su pista cierta y condicionada. El mío terminó lógicamente. Aquella misma tarde, después de muchas vueltas y revueltas, decidí entrevistarme con un administrador de propiedades. El resultado de la entrevista

fué que me faltaban cinco mil pesos para adquirir una viña que era un soberbio negocio. El negociante me preguntó:

—¿Podría usted conseguir lo que le falta?

Yo sentí dentro del pecho aquellas palpitaciones sordas y violentas que había sentido la noche antes, sobre la mesa de juego, mientras cubría las líneas divisorias de las parejas negras. De pronto le dije al hombre:

—¿Dónde nos veremos mañana?

—Aquí.

—¿A qué hora?

—A esta.

Le dí un apretón de manos bastante más significativo de lo que el hombre se figuraba. Nos separamos. Caminé incensantemente por las calles. A las diez de la noche, cuando llegué a la Ruleta del Parque Hotel, ya estaba allí el amigo de la noche anterior. Salió a mi encuentro y me dijo:

—Es usted capaz de haber venido a la Ruleta con los quince mil pesos que ganó.

—¿Se me nota mucho el bulto?

—Se lo he notado en la cara. Es lo que hacen todos los chambones.

—Tiene usted razón; no he encontrado a nadie de

quien fiarme. De unos, por lo que yo podía sospechar de ellos; de otros, por lo que ellos podían sospechar de mí. Pero sabré contenerme. Sólo vengo por cinco mil pesos.

El amigo me indicó la cuarta mesa.

—Allí se dan esta noche.

—¿Las parejas negras?

—Sí.

Al día siguiente, a la hora convenida, nos encontramos el comerciante y yo. Mi ademán era radiante.

—¡Compro la viña! — le dije.

El hombre me preguntó:

—¿No podría usted también comprar la casa?

El propietario está ahorcado. La tendríamos baratísima.

—¿Cuánto?

—Dos o tres mil pesos más.

—No me alcanza — iba a decirle.

Pero no llegué a decírselo. No se lo dije, porque en aquel instante otra vez retumbaron en mi pecho sibilinamente los golpes sordos y embriagadores. En cambio, le pregunté:

—¿Podría usted concederme otras veinticuatro horas?

—¿Dónde nos veremos?

—Aquí.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

¡SOBERANO SEÑOR!

Volví al asalto de las parejas negras. En medio de la lucha borrascosa, brutal, desmelenada, oí la voz de mi amigo que me daba oxígeno. "Estas cifras tienen algo de rameras — me decía. — Hay que dominarlas así, violentamente, sin contemplaciones. ¡Duro! ¡Duro! ¡Duro!"

Todos los vomité sobre la tercera mesa. Lo único que recuerdo con precisión de aquel derrumbamiento inusitado es que cuando ya no me quedaba más que un peso fué cuando acerté el primer pleno sobre las parejas negras. Sentí el último estertor. "Esta se repite" — exclamé. Y se repitió. Volvi a coronar el número gloriosamente, con ademán de tuvo algo de épico.

Pero ya no pudo ser: todo se hundió para siempre sin dejar rastro.

Me esfumé como una sombra de mí mismo en el espeso tumulto lleno de humo. Salí al Parque, bajé a la playa, me tiré en la arena, rostro al firmamento. Era

grandioso el cuadro en aquella madrugada. Cuando recobré la gracia y respiré a pulmón pleno, cerré los ojos y dije:

—Soberano Señor sacramentado: por tu cruz y por la mía, no permitas que otra vez se pierda mi libertad.

CARLOS SABAT ERCASTY

El dilema de la rosa

Aquel día el Sol había alargado en su luz todos los deseos de la primavera. Cada rayo de su fuerza se hundía en la madre Tierra llevando en el extremo celeste la idea de la fecundación.

El Eros cósmico abrió sus grandes alas solares, y el pensamiento invisible del amor comenzó a levantarse de la Tierra, y el vuelo de las formas subía desde las calientes entrañas.

Millones y millones, en infinitos oleajes, las flechas del Sol al entrar en el aire, hacían cantar con una música enorme y dulce, y abajo, en los surcos que dan la vida, cada punta de luz desgarraba las túnicas del invierno, y creaba las geometrías movibles y ondulantes de la hierba y del árbol.

El padre se derramaba luminosamente y la madre iba al encuentro de su fuego, los pechos desenfrenados de goce, aptos y enardecidos los muslos, y el aliento astral quebrado de risas y sollozos. Así volaba la Tierra.

Danzaba el niño. La joven languidecía entre fuerzas misteriosas, mitad dolor, mitad júbilo, a veces audacia, a veces miedo, y todo ello corriendo con una sangre de flores y de pájaros.

El toro estremecía los llanos con su grito de fuego y el potro quemaba en sus ojos el esplendor oculto en sus médulas. En las orillas de los ríos, en el cuenco de las fuentes, entre las ondas de los lagos, por toda las tierras donde fluyen y danzan las aguas femeninas y delicadas, el hombre deseoso contemplaba el surgimiento fantástico de las mujeres, a medida que saltaban de adentro de sus sueños. Y las nieblas vanas que da el soñar tomaban cuerpos ligeros e irreales voces en el correr de los ríos y en el manar de las fuentes.

Alto, aun más alto, el Sol, en el mediodía enloquecido de pasión y fuerza, la idea amorosa del Universo desgarraba al ser único para crear al múltiple ser. Todos los gérmenes rompían el sueño del invierno atravesados por el arquero del Sol. Las potencias creadoras ensanchaban el cuerpo de la tierra, y la madre comenzó a salir hacia afuera en la ola incesante de los seres. La selva vieja daba paso a la selva nueva. El huevo se llenaba de la forma del águila y del cisne. De la bellota subía la encina como tomada

por una mano invisible que la fuese asomando al aire fragante. Las alas de las mariposas quebraban la prisión del capullo y desde el sueño del ser levantaban una vida ebria y breve.

Dió vuelta el Sol sobre la Tierra, hasta caer al otro extremo de su abrazo. Su luz iba acostándose a lo largo de la madre con inmenso gesto de despedida y de reposo. Más suave, más cariñosa, avanzaba como un mar dorado, y por momentos, matizándose de todos los colores de la creación, parecía inmóvil y extasiada al sentir el rosamiento de la vida, cuando entraban en su cuerpo sutil y amoroso, todos los seres que fecundó en la madre.

La Tierra entera cantaba la más alta idea de Dios. La Tierra entera decía la palabra inmortal del ser. Todo su cuerpo esférico, como un inmenso cráneo, se llenaba con la idea celeste del ser. Por adentro de sus inaccesibles entrañas, por las más hondas y agudas nerviaciones de su voluntad, por la potencia interior de su arterias, adentro de su encarnación estelar, en toda la violencia de su concentración y su energía cósmica, la Tierra cantaba el furor de ser, la fatalidad de ser, la eterna inmortalidad de ser. Y en tanto que esa idea inmensa se internaba y se irradiaba por adentro de su cuerpo, la primavera iba nacien-

do también desde adentro de esa misma idea y el pensamiento de la creación desenvolvía las formas latentes de los gérmenes. Y cada uno de los seres irreales encerrados en el contenido divino de cada semilla, tomaba la substancia de la madre y la activa potencia del padre. Y los seres que estaban adentro iban manifestándose hacia afuera. Yo, que he participado siempre de la idea infinita del ser, percibía el crecimiento en todo un costado activo de la Tierra. Y veía las ideas germinales del Sol abriendo las prisiones de los seres de mi astro. Y sentía la totalidad de este trabajo cósmico, pues ponía mi voluntad entera en el sentido con que avanzaba el padre, y en la atención con que la madre abría su fuerza interna a la celeste cópula.

En mitad de esta contemplación de la vida, he sentido por adentro del alma el toque de un llanto insonoro. El gemido iba corriéndose por los éteres invisibles que llenan todas las cosas y vino hasta mí, concentradamente, y me suspendió esa ola interior que seguía la entrada de los seres en la luz.

Junto a mi mano, el tallo de un rosal temblaba íntimamente. Tan fino era el estremecimiento de sus nervios, que debí aguzar toda mi sensibilidad para percibirlo de un modo más nítido. La planta era to-

talmente recorrida por un pensamiento obscuro y negativo, que contrastaba con la violenta afirmación solar y la desenfrenada embriaguez de la Tierra.

Acerqué más todavía mi amorosa intuición al pensamiento del rosal y comprendí el conflicto interior que lo agitaba. Un verdadero dilema esterilizaba en él los ímpetus de la primavera. Las raíces habían afinado su labor subterránea, para acumular los jugos deliciosos de cada rosa. Las fibras comenzaban a subir el pensamiento perfecto de la flor, y desde el tacto de la Tierra, la belleza celeste atraía hacia el aire la estrella viva de la rosa. En cada gota activa de zumo estaba sumergida a la línea graciosa del pétalo y la delicada ebriedad del perfume. Y la flor existía ya en el capullo de la idea tocando con su frente invisible el extremo donde el tallo se separa de la raíz. Allí estaba el pensamiento de la flor hecho todo de substancias esprituales, seguro de su armonía y de su belleza, a punto ya de trepar hasta una rama y pasar el cuerpo perfecto de la rosa hasta el aire, y rodearlo allí de luz, de amor y de música.

La idea del ser tomaba más fuerza a cada instante y la flor, espiritualmente construída en la raíz, era impulsada por ésta para que subiese y cumpliera el destino de toda planta, abriendo su boca fragante en

una sonrisa de amor y de belleza. Pero el pensamiento de la rosa dudó en ese momento mismo y quedóse detenido, mientras la raíz lloraba ante la indecisión de su obra. La rosa, que en este instante era sólo una divina idea, no quería vivir porque no quería morir, y no ansiaba el amor de la Tierra y de los cielos, porque no quería romper el encanto y la pureza de su misterio, ni el secreto delicioso de su belleza. La rosa temía la muerte y la temía al contacto de la realidad.

—¡Mejor, no nacer nunca! — Así, gemía la rosa interior, no revelada, no vivida aun, sólo pensaba por la potencia de la creación y de la belleza, en los nervios de la raíz.

Pero en lo alto del rosal, la abeja y las mariposas cantaban y llamaban a la flor. Y el aire ebrio de amor y de música vibraba como un pecho. Y el agua de las fuentes resonaba alegre de las formas de su ser. Y en la piel de la Tierra el roce de la vida crispada, el astro de los deseos enardecidos e insaciables. Y la creación entera esperaba la llegada de las rosas, los árboles se inclinaban para contemplar el milagro, las aves volaban en torno del rosal, y las grietas del astro se llenaban de ojos, porque la rosa en el momento en que la creación es más bella, y en el instan-

te en que se abre su capullo es lo único con que el astro iguala el instante en que Dios piensa una idea nueva.

El dilema de la flor, se hacía más y más trágico. Ella estaba en el extremo inferior del tallo. La misma planta aguardaba la suprema revelación de la rosa, y desde lo alto todas las ramas tiraban de sus nervios para levantarla, y desde abajo la raíz entera, en un ímpetu furioso, agitaba la idea de ser y con ella golpeaba la idea divina de la flor.

Pero ella permanecía inmóvil, indecisa, detenida en su marcha, mientras por entre las líneas y los contornos ideales de su belleza la savia subía sin poder arrastrarla.

Alta, quieta, serenísima noche. No hay luna. Las estrellas deliran de luz y de música. Allá abajo, por el fondo de los ríos tiemblan en las honduras del reflejo y parece que están adentro de la tierra, como un fino esmalte sobre las sombrías potencias. ¿Quién ha abierto la frescura del líquido y arrojó esos puñados de luz y de música celeste?

La noche fundamental y antigua, está llena de amistades y de amores ocultos. El Eros uránico extiende su vuelo infinito por adentro de las tinieblas,

y las cosas manifiestan los más profundos deseos en la revelación de las fuerzas escondidas. La montaña conversa con la selva y el manantial escucha los ecos recónditos del viejo océano. Todo en el astro es armonía invisible e irrevelable correspondencia. Las cosas que parecen dormidas viven más allá de sus posibles conciencias, y sumergidas en la unidad trascendente del universo, participan de las ideas divinas y beben una dicha que la luz del día no podría iluminar, pues el Sol, es padre del color, de la ilusión y de los deseos arrebatados. La noche es alta, es quieta, es serenísima, y en su fondo inagotable se bañan de eternidad y de silencio las almas verdaderas.

En la noche está la clave oculta de todas las cosas, y por eso a mitad de su andar, yo me encaminé hacia aquel rosal entristecido, para conocer mejor su propio enigma y participar más agudamente de su invencible angustia. Puse mi oído en un nudo de su tallo y sentí que una parte de mi alma iba entrando en el rosal. Mi espíritu lo penetraba diluyéndose en la savia, estirándose en las raíces y coloreando con mi ser el ramaje revestido de hojas. Por momentos percibía la totalidad viva del arbusto y participaba íntimamente de la idea de su ser. Aquello era como saber por contacto divino y vivir en mí, el pensamiento

orgánico y vegetal de la planta.

Entonces escuché una voz celeste, que entró mágicamente hasta el rosal, desde una altísima estrella. Era un canto que atravesaba la noche, desde no medidas distancias y entraba a lo largo del rosal de una manera impalpable y deliciosa. Finísimos números en armónicos y movibles simetrías, descendían desde aquel astro y rodeaban al rosal con una túnica de espíritu, y por dentro de él se deslizaban con una facilidad llena de milagro y de gracia. Yo comprendí más que nunca el por qué de la belleza y de la esencia atractiva del amor. Aquel canto comenzó a rodear la idea de la no nacida rosa. El astro le dijo su amor y el deseo de besarla, y la exasperada dulzura espiritual con que volcaría los ríos de su música en su frente de armonía y de perfume. Entonces la rosa comenzó a deslizarse en el tallo hipnotizada por la magia del astro, y cada vez que la flor se detenía, y cada vez que la idea de la muerte le imponía su negación y su tortura, la estrella extremaba su delirante canción hasta arrancarla de nuevo de la dolorosa inmovilidad.

La idea de la rosa iba subiendo así hasta llegar al extremo de una fina rama. El rosal entero estaba temblando. Todas las cosas de la Tierra contenían

el aliento y la actividad del alma en un inefable estupor. Las raíces filtraban los almíbares y las fragancias más sutiles del astro, y a lo largo de sus fibras adelgazaban y pulían el néctar de la no nacida rosa. Todo el esplendor de la Tierra iba a surgir en mitad de la noche, atraído por toda la belleza del cielo. ¡Ah, no recuerdo otro poema más exaltadamente espiritual y amoroso!

Pero cuando la rosa estaba a punto de tomar la forma viva de su ser y llenar la arquitectura de su idea perfecta con los zumos y los licores de la tierra, dudó aun, y hubo de mutilar su nacimiento y frustrarse en la negación y en la nada.

—Me basta haber sido la idea de la rosa, — dijo. — No quiero pasar del ser ideal al ser real. El licor de la Tierra trae en su esencia los venenos de la muerte, y la luz del Sol me besará con demasiada fuerza, y los hombres de miradas impuras me clavarán los ojos imaginando feroces sensualidades y sólo verán en mí lo que ven en sus mujeres lúbricas y desenfrenadas. Y me pasearán por la ciudad satánica, después de que el amor de una estrella me haya hecho sentir todos los goces de la espiritualidad y del fervor celestes.

Y las manos impuras ajarán los pliegues musica-

les de mi forma. Y las anchas narices del fauno terrestre me beberán febriles, cuando una mujer de fuego queme mi frescura contra su pecho desnudo. Y caerá una hoja de mi vida efímera y la pisará el pie de la bestia. Y me quedaré sola y triste cuando no tenga más que la dolorosa belleza de las agonías y de los ocasos y venga el gusano a roer mis mejillas sin sangre. ¡Ah!, ¡no quiero ser! ¡La belleza y la pureza no deben ser! Estrella que me cantas, ¡para qué me dieron la hermosura y la diafanidad, sin la eternidad y sin la altura! Las cosas están hechas en la Tierra, de manera que los seres mejores no deberían entrar nunca en el torrente de la vida. Detente raíz, no me levantes. Cállate, estrella, no me atraigas.

— Nace, nace y ámame, — así comenzó el astro de nuevo su canción. En la eternidad de Dios ¿soy algo más que una rosa de fuego? Pasajera en la flor y pasajera en la estrella. Pero ni la idea de la rosa ni la idea del astro dejarán de ser, y el pensamiento que ahora vive en tí, lo que en tí es sólo de espíritu, eso será eternamente. El ser puro busca la forma mortal para volver de nuevo al ser puro y para encarnar otra vez en la efímera forma. Así vamos subiendo tú y yo, y así ascienden todas las cosas del Universo. El pensamiento se abre en el espíritu, se cierra en la for-

ma y se abre de nuevo en espíritu. Esa es la esencia del amor. Ven a realizarte, ven a vivirte, hiere la rama y sal hacia la creación por la herida que tu misma hayas hecho. Toda idea divina aspira a ser tangible, y la tuya, tu idea, la limpia idea de la belleza, esa es la que desea con más vehemencia llegar a las formas concretas de la creación. El ser no debe tomarse así mismo, ni por su destino ni por su elevación, sea estrella como yo, sea rosa como tú, sea hombre, como ese de la frente maravillosa que pronto has de ver a tu costado y que iguala mi luz con esos dos fuegos espirituales con que mira y me hace temblar. Ven a la vida. Todas las cosas avanzan por el camino de las formas. Renuncia a tu duda. Rompe tu dilema inclinándote del lado del ser y de la vida, y sabe que todo lo que resta de esta noche será de amor, porque yo te amaré espiritualmente. ¿Qué importa la arrebatada potencia del día y el desenfreno de las fuerzas solares, si quien ha vivido una sola noche de belleza, de ideal, de amor celeste, ha dado un paso más en los océanos de la perfección y del anhelo absoluto?

¡El Universo entero se estremeció en un deseo unánime de belleza, y la rosa fué abriéndose lentamente, deliciosamente, en un encantamiento gozoso que ponía todas las almas en estado de oración y de extásis!

J U L I O   V E R D I E

S o d o m i t a

"Había heredado más de la hembra que del macho. Tenía los mismos ojos de la madre, glaucos y oblicuos. La piel blanca, cubierta de un espeso vello rubio y sedoso como la piel de los duraznos en febrero. Las manos alargadas y finas tenían movimientos tan delicados que hacían soñar en ellas como en estuches de caricias. Labios pequeños, delgados y sangrientos. Los miembros perfectos. Una cabellera de rulos castaños — que le caían graciosamente sobre las sienes pálidas — rebeldes y enzarzados, concluían su cabeza de Baco adolescente. Quizá como único defecto, los pies un poco grandes... Pero más que todo esto, de la madre, había heredado una sensibilidad femenina; un sistema nervioso de segunda mano y una voz no aguda y mujeril, pero si dulce y tremante, casi impropia de un ser masculino. Su temperamento era apacible y melancólico. Sin embargo, se irritaba por cualquier cosa, pero sin estruendos, sin chillidos, solo lágrimas...

Las amistades de Jacobo eran todos los muchachos del barrio. Tenía dos amigos en particular. El uno el más antiguo conocido, pequeño, nervioso, gritón y que abusaba con disimulo de la poca hombría de Jacobo. De más edad, tres años mayor — en la niñez la diferencia de edad se hace más notable que en la adolescencia — Pablo en el camino de los vicios, tenía mucho trecho andado. De familia menos afortunada que la de Jacobo, habíase criado en el arroyo, entre gandules a los cuales el sexo preocupa intensamente en el deseo de llegar pronto a hombres. De estas compañías, Pablo había conservado y apropiado para sí los modales absurdos y grotescos; los ademanes pornográficos y un sinnúmero de canciones obsenas que en el "lunfardo" de los barrios bajos se emplea con frecuencia.

El otro amigo de Jacobo, el hijo de una lavandera convecina, era un muchacho pelirrojo, de boca sensual y enorme, de fuertes pantorrillas, más bien bajo, con un hinchado pecho que reventaba las camisas, que su madre se quedaba de los clientes; pero que no eran de la medida del cuerpo de su hijo.

Cuando Jacobo fué a vivir en aquel paraje suburbano, ya Pablo y el hijo de la lavandera, eran viejos camaradas. Aquel "nuevo" en el barrio, les interesó

a ambos por igual, pero de una manera bien distinta. Pablo vió en él, una víctima más propicia — porque hasta ahora lo había sido el hijo de la lavandera — para saciar su precoz revelación del sexo. El otro sintió en él algo así, como la alegría y la felicidad angustiosa que embarga al adolescente cuando se enamora por primera vez.

Sus ojos de imbécil se tormaron melancólicos y sintió celos de su amigo Pablo... A pesar de todo el tiempo los unió a los tres y los hizo inseparables.

II

Jacobo si bien tenía delicadas facciones y los nervios de una mujer, su pensamiento de niño había seguido el curso del pensamiento de un hombre. Las niñas le agradaban y su compañía había predominado, en su pequeña vida anterior al conocimiento de los dos nuevos amigos. Cuidado celosamente por la niñera durante los paseos por el parque, había trabado amistad con una niña, hija del comerciante de los bajos de su casa y que a menudo permitía a Jacobo en la trastienda donde Lucía, la pequeña estaba entretenida con sus tres muñecas. Más tarde, fué la hija de una cocinera la que compartió sus juegos y una vecinita de su mis-

ma edad. Los juegos eran siempre los mismos y se resolvían después de un diálogo a manera de prefacio: "Mira Lucía... Juguemos a los casamientos..."

—"Bueno... sí!... sí!... — palmoteaba alegremente Lucía. Yo soy tu señora" — y en seguida a la vecina que esperaba callada: — "Tú eres la sirvienta, ¿oyes?..." Y así quebada constituída la familia.

El flamante matrimonio no viajaba; se instalaba inmediatamente en la sala de la casa, que en aquellas horas del día, — las tres de la tarde — estaba sola, en penumbra y favorable para un nido de amor... La sirvienta se instalaba en la pieza contigua y esperaba órdenes de sus amos. Las órdenes se traducían siempre en preparar el almuerzo que se mistificaba con arena, yuyos y pedrezuelas; que se servía en un juego de té, en miniatura, incompleto, del que era poseedora la vecina, regalo de los reyes magos, en los cuales quizá ellos no creían ya.

Hay hasta en los niños un poderoso instinto que los guía hacia el placer y esclavos de ese instinto eran Jacobo y Ana. Copiaban en sus juegos la vida doméstica de sus casas. Pues bien. Almorzaban. Por la tarde — pues se fingían las veinticuatro horas del día — Jacobo iba a su empleo y regresaba a poco para cenar. Luego la criada daba las buenas noches y se re-

tiraba a la pieza vecina... Entonces Jacobo y Lucía quedaban solos...

Se retiraban a un espacio negro y pequeño que quedaba libre entre el gran sofá y la pared y allí se acurrucaban silenciosamente mirándose mucho y tomados de la mano. Sus cuerpos se apretaban uno contra otro. Jacobo veía el rostro empurpurado de Lucía, y una oleada de sangre afluía al suyo. Un hormigueo delicioso le recorría los miembros he iba a morir en los tejidos sensibilísimos de su sexo, que se enervaba, y hacia el cual instintivamente llevaba su mano para descubrirlo a la caricia suave de los dedos finos y sonrosados de Lucía. Ella no lo miraba, pero obedecía a los movimientos de él y cada vez más excitada, hacía ágil el movimiento de su mano... Hasta que al fin...

La aurora fingida los volvía a la realidad. La criada ya impaciente de que la noche durase tanto, había golpeado a la puerta exclamando: "Señora... ya es de día"... — a lo que se le había respondido con un poco de fastidio verdadero, pero fingiendo amabilidad: "Bueno, pero déjanos dormir otro rato... y prepáranos el desayuno..."

Y así sucesivamente durante mucho tiempo, hasta que un día Pablo y el hijo de la lavandera se inclina-

ron sobre él y borraron hasta donde pudieron, aquello "natural" aun fresco en su memoria.

III

Jacobo no era apto para la lucha. Cualquier obstáculo por pequeño que fuese desviaba el cauce de su vida. Pablo y el otro amigo fueron más que un pequeño obstáculo... fueron hasta más que un obstáculo; fueron una fuerza... Jacobo no tardó en enviciarse como ellos. Cuando el hijo de la lavandera salía con su madre a repartir la ropa en la jardinera. Jacobo y Pablo solos en el fondo de la quinta vagaban apedreando pájaros. El primero en un principio tomaba esta diversión en conciencia. El otro había fingido siempre, y sus pequeños ojos — a otros más expertos que los de Jacobo hubieran descubierto la extratagema que preparaba en el fondo de su pensamiento.

Esto era al principio... Más tarde leía claramente en los ojos de Pablo y como una mujer esperaba febril y convulso, que su amigo buscara la treta para hacerlo caer...

IV

Un día Pablo enfermó. Cuando se hubo restableci-

do su familia se mudó y el triunvirato se deshizo. Quedaron solamente Jacobo y el hijo de la lavandera... Y el idilio continuó entre los dos...

V

Yo con mis padres fuí el nuevo inquilino de la casa que tres meses atrás había dejado deshabitada la familia de Pablo y no por otra razón que esta, es que estoy al corriente de tan extraña historia.

Tendría entonces yo la misma edad que el hijo de la lavandera: once años. Mi temperamento, mi manera de ser, soñadora y romántica, me habían mantenido a un millón de leguas del instinto y del sexo. Las lecturas de libros de hadas y de caballeros, de corsarios y de exploradores ocupaban mi imaginación. El mundo en que vivía era completamente ilusorio. Cuando por primera vez vi a Jacobo en la calle, recordé al punto un fotograbado del delfín que tiene la historia de la revolución francesa de Thiers. Yo la hojeaba casi cotidianamente para contemplar en uno de sus tomos, lo que no podré explicarme nunca, porque me sugestionaba tanto aquella página que no puedo dejar de describir. Arriba, en la parte superior, un medallón de Ruget de L'Isle, con el cuello como

cortado por la filosa cuchilla de la guillotina, mostraba abiertos sus dos hermosos ojos ciegos, vueltos como con oídos hacia la música triunfal que brotaba de su corazón. Debajo el autógrafo de La Marsellesa, con su música y la pequeña letra bajo los pentagramas, en donde apenas mis ojos de niño distinguían las palabras mágicas: "Allons... enfants..."

Cuando ví al hijo de la lavandera volví el rostro con asco. Mi imaginación lo concibió como un hijo del ogro monstruoso que se comió vivo a Pulgarcito y sus hermanos. Cierta vez después que llegué a ser compañero de los dos y que Jacobo estuvo enfermo, el hijo de la lavandera me puso al tanto de las debilidadesde Jacobo y del abuso que él y Pablo habían cometido con el infeliz. Yo casi no comprendía. Miraba con estupor a aquel muchacho pelirrojo, a quien poco a poco había ido tomándole asco y rabia y me repetía en mi interior de que todo aquello no era verdad.

VI

Fué una noche de febrero, de una luna azul, que derramaba torrentes de luz sobre el campo. Jacobo y yo estábamos en el fondo de la quinta, persiguiendo a un gato blanco. El hijo de la lavandera, días atrás, ha-

bía partido para un departamento del litoral, en calidad de peoncito para una estancia cuyos dueños habían sido antiguos patrones de su madre. El idilio había terminado bruscamente.

Jacobo — lo noté no se como — se enclaustró aún más en su mutismo y en su melancolía. Apenas si conversaba conmigo y cuando lo hacía era solo para recordar al ausente. Esa noche parecía haberlo olvidado. Tenía fuego en sus dos bellos ojos y sus rulos rubios se encrespaban como llamas con el aire. Corría tras el gato y exclamaba: — "Corre!, ¡apúrate!... Mira... allá va! y tomándome de la mano, me hacía correr contra él, vertiginosamente. Un hueco en el pasto hizo que yo pisara en falso y caí... caímos por que él sin soltarme y riendo, cayó a mi lado, rodó su cuerpo por encima del mío; pretendió que quería luchar, que tenía más fuerza que yo y tomándome la cabeza entre sus manos, restregó su mejilla — que estaba encendida y ardiente — contra mi rostro, hasta que ya sin contenerse posó su boca en la mía ,ávidamente, mientras su mano... su mano hurgaba allá abajo, febril y nerviosa... — Yo lo repelí. ¿Asco instintivo? Quizá... No sabría explicarlo.

Los dos de pie, no recuerdo bien lo que me dijo

— más bien me vomitó al rostro. Estaba casi pálido de ira.

Giró sobre sus talones y con paso ya de niña nerviosa y moviendo un poco el cuerpo, se perdió en la noche volviendo hacia las casas...

VII

No nos hablamos nunca más. Me esquivaba y miraba siempre con rencor. De esto han pasado quizá diez o doce años. Durante este tiempo no nos hemos vuelto a ver. Ayer tropezamos... ¿Cómo le reconocí? Por asociación de ideas, de suposiciones y recuerdos...

Sarandí iluminada como el escaparate de un gran bazar exhibía la sociedad mundana, promiscuida, en aquella hora del cierre de comercios — por un público amalgamado, de cadates de tienda emperifollados; costureritas que siguen la última moda; canillitas astrosos que pregonan el último chisme político o "el crimen pasional de hoy".

Vestía un traje gris perla, entalladísimo que dibujaba sensualmente, su cuerpo de elegantes proporciones. Caminaba conto.neándose, llevando su torso fino serenamente sobre las caderas, a las cuales imprimía el movimiento animal y gracioso, que esbeltece a los caballos de gran alzada. Un rizo de su pelo castaño

quizá más oscurecido ahora, asomaba bajo el ala del sombrero de fieltro. Apresuré mi paso y me adelanté a él, para detenerse luego, y observarle bien. No dudé ya entonces de que aquella hermosa bestía, era el mismo Jacobo de diez años atrás. Si bien su rostro había demudado, conservaba aún toda la belleza femenina de aquel entonces. Sus ojos se habían empequeñecido y estaban bordeados en los extremos de las sienes por finísimas arrugas... Las comisuras de los labios caían ya un poco y el desgaste roedor del vicio había impreso al conjunto de su rostro, una leve máscara de cansancio.

Yo nada tenía que hacer entonces. Disponía del tiempo que se me antojase, para satisfacer toda clase de caprichos. Pensé en desentrañar lo que para mí era misterio: la vida presente de Jacobo...

Lo seguí pues a regular distancia para no perderle de vista y así anduvimos hasta la Plaza Independencia envuelta ya, en las sombras del anochecer. Al cruzar la plaza su cabeza giraba de un lado a otro como si buscara algo que debía estar "allí". De pronto se detuvo giró hacia la derecha y se dirigió sonriente hacia uno de los bancos ocultos en la pequeña noche que proyectaban sobre él, las ramas tupidas de una gran palma. Una sombra vaga e imprecisa estaba sentada

en aquel banco y Jacobo se dirigió a ella y le estrechó la mano. Se sentó. Yo seguí de largo para disimular, y volví a los pocos minutos por el lado opuesto para sentarme en el banco más cercano posible.

Conversaban. Estaba lo bastante cerca para oir el murmullo de las voces pero no para distinguir las palabras. Lo que veía claramente a pesar de la obscuridad, era de que estaban muy juntos y que Jacobo posaba sobre su compañero una mirada lánguida y amorosa.. Su voz era arrulladora y sensual. De cuando en cuando sonreía cínicamente y su mano con un gesto nervioso acariciaba los muslos o el brazo de su compañero.

Indudablemente aquello era una cita. Pero también era evidente a causa de una levísima inquietud — difícil de descubrir en el rostro del amigo — de que aquella apenas si era la segunda vez que se veían... Jacobo ponía toda su destreza femenina en turbar la adolescencia sensual de su amigo al que yo poco a poca había ido distinguiendo de entre las sombras que le rodeaban. Era un jovenzuelo; apenas diez y ocho o diez y nueve años... Ojos vivaces que iluminaban su rostro moreno. Una juventud sana y aparentemente vigorosa. Sonreía ya respondiendo a la insinuación cínica de Jacobo y a las palabras amorosas que le tur-

baban como caricias...

Hubo un momento en que disminuyó la populosidad de la plaza y ví entonces como Jacobo — que estaba atento a todas las cosas exteriores — aprovechaba aquella oportunidad para inclinarse sobre el rostro del adolescente y apoderarse con su pequeña boca voraz de los labios frescos del amigo, en un beso frágil y sabio. El muchacho se estremeció. Entonces oí claramente la voz de Jacobo llena de imperiosa solicitud: "Vamos, niño! Niño hermoso!

El otro obedeció maquinalmente. Tenía la voluntad rendida y obscurecida su pequeña facultad de pensar..."

Hasta aquí el manuscrito que encontré ha pocas noches en la calle y del que no he hecho más que transcribir su contenido.

No creo haber cometido una indiscreción. A travéz de este singular relato nadie podrá identificar a determinada persona. Al fin y al cabo, no es más que la historia de uno de los innumerables descendientes de Antinoo.

Pongo a disposición de su dueño el manuscrito que he encontrado, suplicándole que lo recoja para terminar el relato que bien puede convertirse en una novela de éxito.

I. PEREDA VALDES

La ciudad de los espejos

En un país de Oriente, había una ciudad que era conocida con el nombre de la ciudad de los espejos. Un río ancho y caudaloso, la partía en dos mitades. El río mismo era un espejo, al cual las lavanderas iban todas las mañanas a tender las blancas ropas,. y a mirarse en la superficie.

Las calles eran, también, enormes espejos, unos convexos, otros cóncavos y otros simplemente planos. Y era tal el efecto, que los habitantes se contemplaban en ellos, ya altos y magros, con inmenso estira· miento longitudinal, ya esféricos o rechonchos.

El espejo como elemento de ornato, había sido desterrado de la ciudad, y su abundancia lo convirtió en un objeto indispensable, fundamental, y de tanta importancia práctica, como el ladrillo o la piedra. Sin embargo, el orgullo de todo señor rico, era ofrecer a la admiración de sus vecinos la más completa y prolija colección de espejos, pues el único lujo permitido a los habitantes de aquella ciudad consistía en la posesión

tranquila de una valiosa variedad de ese adminículo que irremediablemente se encuentra en las carteras que usan las mujeres.

Los habitantes de la ciudad de los espejos eran los seres más fatuos y pedantes de la humanidad. Como veían reflejada la propia imagen en cada uno y en todos los espejos, llegaron a creerse individuos de una especie nueva que superaba a los demás en belleza y apostura. El más feo y contraecho, se figuraba un Adonis impecable.

Los burguesitos con sus vientres por demás abultados, como hemisferios partidos por la mitad, que no disimulaban las excelencias de una apacible digestión, preferían extasiarse horas y horas ante los espejos convexos que los desembarazaban del tejido adiposo, afinando sus fisonomías, al ofrecerles el panorama escuálido de los linfáticos.

Los artesanos, magros y esqueléticos — consumidos por el hambre — pues la única ocupación de aquellos hombres era la fabricación de espejos, y el que no se adiestraba en esa industria, no tenía otro medio de subsistencia, preferían contemplarse en las lunas cóncavas, donde sus quijotescas figuras se reflejaban semejantes a las de los pequeños señores millona-

rios que poseían las mejores fábricas, y a quienes ellos tanto envidiaban.

Para que nadie intentara decepcionarlos, los habitantes de aquella ciudad habían cerrado sus puertas a todos los extraños a ella. Vivían de ese modo en un espejismo colectivo, en un ensimismamiento de Narcisos, en la constante inquietud que les producía el temor de que algún día cualquier indiscreto extranjero les retornara a la realidad, quitándoles el espejo de los ojos.

La xenofobia se hizo un culto general, tan importante como la espejomanía colectiva.

Pero un día, un extranjero mago y quiromántico llegó a la ciudad de los espejos atraído por la fama que ella iba adquiriendo en todo Oriente. Disfrazado con el traje auténtico de sus habitantes — un traje adornado de espejitos como el que usan los reyes negros — penetró furtivamente por una de las grandes puertas que los guardianes habían dejado imprudentemente abierta, por mirarse en el gran espejo del Palacio de Justicia.

El extranjero fué descubierto de inmediato, por la manera torpe de mirarse en el espejo de la Catedral, que disentía con la estudiada y tradicional manera que

de tiempo artás se había adoptado oficialmente, por decreto del Gobernador.

Un consejo de notables lo condenó a la última pena pero el extranjero, sabiendo que iba a morir, para vengarse rompió estrepitosamente uno de los espejos.

Romper un espejo era en aquella ciudad un terrible designio de agorería, algo así como si cien cuervos hubieran cubierto el sol con sus vuelos, y el hecho era castigado inexorablemente con la pena capital, porque los códigos equiparaban, en gravedad ese delito con el de atentado contra la persona del Gobernador.

Tal acontecimiento conmovió profundamente â la ciudad, como si se hubiera producido la quiebra colectiva de todos los bancos o el cierre forzoso de todas las fábricas.

Nadie durmió aquella noche. La luna, que parecía un espejo roto, tenía un color sanguinolento como en la noche en que danzó Salomé para conseguir la cabeza de Iokanan.

El Gobernador dimitió ante la imposibilidad de conjurar tan extraordinaria catástrofe. Pero el pueblo no consintió el sacrificio del Gobernador, y entonces éste impartió órdenes para componer el espejo roto, que tenía treinta y cinco cuadras de largo y era el que servía de pavimento a la Avenida principal. Quin-

ce días, con quince noches, trabajaron los artesanos en la refacción del espejo. El día de la inauguración se decretó día nacional y se efectuaron grandes fiestas populares.

El Gobernador fué el primero en dirigir la palabra al pueblo, después de lo cual, de arreglo con la costumbre inveterada, le correspondió mirarse al espejo en término de preferencia.

¡Grande fué el asombro de los habitantes al ir contemplándose en el nuevo espejo!— En vez de aparecer con sus ficticias fisonomías, tal como habían sido dócilmente reflejadas por aquellos espejos hermoseadores, se contemplaban con sus verdaderas efigies, que se deformaban al destacarse en ellas los vicios ocultos; así el que era bello exteriormente, pero feo de alma, se reflejaba con algunos rasgos del más repugnante animal: éste como un sapo, aquél como un lagarto, éste otro como una víbora.

Y como todos los habitantes de la ciudad eran vanidosos, y semejaban estúpidos pavos reales no pudieron soportar la permanente exhibición de sus fealdades. Y, al poco tiempo comenzaron a suicidarse.

Los primeros en atentar contra sus vidas fueron las mujeres, después continuaron los hombres, y por último, imitando el ejemplo de los mayores, hicieron lo propio los niños...

ALBERTO D. MALMIERCA

Cuanti mas nombres...

Güenas tardes.

—Güenas — dijeron algunos.

El truco debía haber llegado a su período más bravo, porque la entrada del indio no pareció interesar mayormente.

Aquel domingo la pulpería estaba concurridísima. El paisanaje había venido a inscribirse allí cerca, y luego ¿qué mejor sitio para hacer prosa y echar un trago? Don Ricardo, dueño del boliche, un criollo con más de medio siglo, alto y delgado, sarmentoso, enjuagaba unas copas en el mostrador cuando advirtió la cortedad del nuevo parroquiano. El indio, que con tonta risa ojeaba los grupos, sin saber dónde acercarse, era un mocetón de contextura recia y color cobrizo, con aire tímido y malicioso de paisano bueno.

¡Qué milagro!; vos por aquí.

El muchacho, satisfecho de haber interesado a alguien, se acercó al patrón.

—Y... ya lo ve.

—¿También te veniste a iscribir?

—No; yo no me escribo.

—¿Cómo?; ¿no sos de los nuestros?

El indio se irguió ofendido.

—¡Y entonces!..., pero no sé escrebir.

Don Ricardo secó la última copa, se pasó el trapo por la frente que empezaba a traspirar y luego, con súbita indignación:

—¡Parece mentira! ¿Vos te crees que basta ser buen criollo pa defender el partido?... Hay que tratar de ser ciudadano; no siempre triunfa el gallo de mejor sangre...

—A veces, el más mañero — completó el indio con pachorra.

—Claro, pues; y las elesiones son eso; mañas, con que los partidos se defienden cansados de hacerse sangre.

El indio, recostado en el mostrador y dando vueltas al sombrero, meditaba contristado. Tenía razón el pulpero.

Unos años antes, el boliche de don Ricardo había sentido en carne propia todo el dolor y la miseria de esas luchas que periódicamente azotaban al Uruguay.

—¿Te has quedao pensando?

—¿Por qué habré nacido tan bruto? — suspiró con pena.

—¡No, canejo! Naciste como todos. Eso depende e' la crianza; pero, ¿querés aprender?...; yo te preparo en media hora.

El indio abrió tamaños ojazos. — ¡En media hora!...

—Claro, que no te voy a largar dotor; pero, lo que es pa el apelativo, no vas a precisar testigos que afirmen que vos sos vos.

—Don Ricardo: yo le quedaría muy agradecido.

—A mí no tenés que agradecerme nada; pasá pa el fondo.

El viejo abrió la puerta que daba al interior, mientras el muchacho le seguía mansamente. La maniobra no era nueva. El pulpero había sido caudillo en las cuchillas y terminada la revolución seguía siendo cabecilla en los manejos electorales. En toda la campaña de Cerro Largo se le conocía por lo entusiasta y tesonero. Su boliche, a pocos pasos del local de la escuela, era el cuarto intermedio donde se templaban los ánimos y se resolvían las votaciones; allí, entre dos cañitas con guaco, se rompía una lista y se preparaba la que don Ricardo imponía. En estos días, el dueño no habría el cajón de los cobres más que para sacar listas; pero el despacho era grande. "Don Ricardo invitaba y había que asetar pa no ofenderlo".

Los más reacios, los que con pretextos eran remolcados hasta el mostrador, esos salían para las urnas mirando doble y sin saber siquiera el color de la lista que llevaban.

El pulpero nunca quiso formar parte en las mesas que componían los suyos. — Yo me encargo de los amasijos — decía; — ustedes traten de que no nos rechacen las tortas. — En esa forma, metido don Ricardo en su boliche, se llevaba el zorro muerto; pero el resultado compensaba el esfuerzo. Así se fué haciendo famoso. Muy astuto leguleyo, era el hombre de consulta para cualquier asunto que requiriera la intervención del código o la interpretación del mecanismo eleccionario, pero su figura alcanzaba más altos relieves como pedagogo, pesecutor del analfabetismo entre el paisanaje que integraba el grupo de correligionarios. Algunas docenas de individuos habían pasado la trastienda sin saber hacer un palote y en menos que canta un gallo salían firmando espontáneamente su nombre y apellido. Don Ricardo tenía la intuición de la enseñanza. Su sistema, aunque rudimentario partía de una sólida base, despertar la inteligencia en la forma más agradable. — A los gurises se les debe enseñar jugando — pregonaba, — y a los grandes hay que meterles por los ojos lo desconocido valiéndose de lo poco que

conocen o de lo que les gusta. A mí no me van a decir que es más fácil aprenderse las cuarenta cartas de la baraja que las veintinueve letras de la cartilla. — Sí; pero el silabeo, las combinaciones de las letras — objetaba algún entendido. — Las combinaciones ¿qué?; ¿no aprendió a combinar los naipes pa el truco?... ¡Cuánto paisano analfabeto en una sola tarde le tomó el tiempo al gofo con todas sus picardías y sin embargo no es capaz de dedicar un minuto pa entreverarse con las letras!; la inclinación, amigo, la inclinación; y eso no se dobla; lo que tenemos que amoldar, entonces es el sistema — y con aire importante se enrulaba en el índice los pelos del lunar que le adornaba la barba.

Su enseñanza fuera de lo burda era absolutamente parcial y por eso verdadero empeño.

—Los paisanos que piensan con el gobierno que se queden burros — decía, — son votos menos, y, además, en algo hay que deferenciarse; si todos somos iguales ¿pa qué se han hecho las divisas?

El patrón y el indio llegaron al patio. Un amplio rectángulo con piso de tierra adornado con plantas metidas en arriates y tinas desvencijadas. El parral, bajo la tarde bañada en sol, dibujaba arabescos en el suelo.

Un movimiento rápido, como un volido de gorriones hizo levantar la cabeza al pulpero.

—¿Y tu mama?

—Ya viene, tata; fué a preparar un mate pa Nicasio.

El viejo echó una mirada sobre la pareja.

Mariana eran viente años frescos y saludables.

Nicasio, un muchachón de cabeza cuadrada y aire torpe.

La insólita entrada del viejo les había hecho corregir con premura alguna actitud equívoca.

—¿Quería, algo tata? — se ofreció mimosa la única hija de don Ricardo.

—No; dejanos — y la envolvió nuevamente en un reproche mudo.

Era su cariño más grande; nunca había sabido negarle nada, por eso estaba Nicasio a su lado. El muchacho según don Ricardo, no tenía más defecto que el ser colorao, pero inofensivo — agregaba; — el pobre no conoce ni la O por lo redonda y ese es su castigo.

Hijo de un brasilero muy rico de la región, se había criado en la mayor ignorancia. La familia le tenía olvidado en el campo mientras ellos se pasaban largas temporadas en la ciudad, donde, según decían,

eran de los de alto copete. Pero al paisano, sencillo y franco en general, no interesaban esas superfluidades: se le estimaba; y como Nicasio era bueno y trabajador y casándose con su Mariana, por la que estaba "idiotamente trastornao", valga su decir, aseguraba el porvenir de la hija, don Ricardo lo había admitido como novio, aunque no disimulaba cierta prevención: celos de padre, antagonismos de divisa.

Nicasio consiguió dominar el embarazo por la imprevista llegada del viejo y su compañero, y poniéndose de pie balbuceó:

—Si yo molesto...

—No hombre, no, quédese no más. — Luego, dirigiéndose al indio que no terminaba de dar vueltas al sombrero añadió: — Todo lo que tiene de bueno le sobra e bruto; ¡bah!, vamos a lo nuestro. ¿Cómo te llamás?

—José Roca.

—Bueno — frunció el ceño como si pasara una revista mental. — ¿Te acordás de la marca de don Justiniano Pérez?

—Dejuro, si juí su pión.

—Dibujámela con el talero aquí en la tierra.

José, con más prontitud de la que podía presumirse, hizo la marca como si la viera.

—Sacale la mitá.

El indió lo miró desconcertado.

—¿La mitá?... ¿de qué lao?

Don Ricardo comprendió que era mucho pedir. — Dejá — y con el pie fué tapando la pe hasta dejar libre la jota. — Aura ponele al lao una argolla el laso.

El indio, con toda simetría, dejó hecho el redondel junto a la jota.

—Jota o jo; ya tenés medio nombre. ¿Nunca marcaste los animales del tuerto Severino Estévez?

—Marcarlos, no; pero conozco la marca.

—Ponela aquí — y le señaló la o que acababa de hacer. José volvió a agacharse y con la misma premura que la anterior trazó la ese y la e.

—Ya tenés tu nombre entero — se dió media vuelta. Mariana estaba nuevamente entregada a su novio y al parecer no prestaban atención más que a sus asuntos. El viejo, satisfecho, volvió al discípulo.

—Vos sabés que Pancho Haedo liquidó mis cuatro animales.

—Yo les hice la contramarca.

—¿Y te acordás de la mía?

El indio en cuclillas hacía memoria; de pronto como inspirado trazó unas rayas y círculos en la tierra.

—¿No es ansina?

Había hecho dos enormes erres; las letras iniciales de Ricardo Ramírez.

—Justamente, pero mirá: dejá una distancia de lo otro y haceme una de éstas nada más — y le señalaba una erre.

El muchacho cumplió exactamente.

—¿Ta bien?

—Eso. Aura otra argolla e laso y al lao media argolla partida de arriba abajo. Esa media argolla es una ce — aclaró.

—¿Y ya está?

—No seas apurao, hacé otra argolla... bueno; a esa última ponele una colita. Ce a ca; ahí tenés, Roca. Ese es tu apellido .

Por el rostro del indio pasó un relámpago de felicidad.

—Aura güelvo a escribir todo eso hasta que me lo aprienda e memoria — exclamó.

—Pero aquí — dijo don Ricardo, dándole unas hojas de papel y un lápiz. — Escribilo aquí todas las veces que te quepan y después me lo llevás por el mostrador. Voy a atender a los muchachos que dejé solos.

Habían pasado unos tres cuartos de hora cuando

el indio apareció en el despacho con la cara radiante y sudorosa. — Ahí tiene, don Ricardo. — El pulpero tomó los papeles con una mano, mientras con la otra se acariciaba el lunar. Roca no le perdía movimiento, convencido de que el resultado de la enseñanza le halagaba. Evidentemente, era sintomático; las más ligeras variantes del espíritu del viejo se traducían en manipuleos con aquella coquetería capilar. Un rizamiento prolongado y lento significaba complacencia, tranquilidad, meditación; el rulo a contrapelo delataba contrariedad; un contrapelo apresurado, desesperación. — Dame esos cinco — dijo de pronto; — te has portao.

—¿Le parece?

—Está muy bien — ratificó; la cosa es que te acordés.

—¡Pcha! digo; tengo la cabeza como piedra, pero lo que se marca en la piedra no se borra — barbotó el indio alborozado.

—¿Qué les parece, muchachos? — gritó don Ricardo, — ya tenemos otro pollo para noviembre — y levantaba las muestras. Los hombres interrumpieron el juego y se acercaron indentificándose con el regocijo del patrón. Era por la causa de todos.

—Y aura ¿se va escrebir? — dijo uno.

—Ansina como estoy no más — contestó el indio.

—Ese debe ser tu bautizo en las letras — asintió el pulpero; y luego señalándole un gran cuchillo de cabo negro que llevaba en la cintura agregó — ya sabés, el filoso no hay que sacarlo siempre pa achurar; de vez en cuando es bueno emplearlo en hacer la punta al lápiz.

—Dejuro que voy a practicar.

La naturaleza humana es un cúmulo de egoísmos y ambiciones; el paso más insignificante hacia el mejoramiento nos hace imaginar la codicia de los que en nuestro mismo nivel no lo alcanzaron. El indio ante el caudal adquirido se sintió envidiado.

—Si viera; dispués que usté se jué se me apareó don Nicasio y no me quitaba ojo.

El pulpero hizo un gesto despectivo. — Es un salvaje; a ese que lo desasnen los de su pelo; es lo único que no haré por la familia. — Iba a continuar, pero se calló. Mariana entraba con un mate. Traía la cara encendida y una sonrisa a flor de labios.

—Buenas tardes — saludó graciosamente. Al oír su voz, todas las cabezas se volvieron afectivas.

—Linda moza.

Qué promesa.

—Dios se la conserve, don Ricardo.

La juvenil belleza de la muchacha y su natural simpatía le brindaban un adepto en cada contertulio.

Con paso ligero se acercó al viejo con cariño.

—¿Tomás un amargo, tatita?

Don Ricardo la miró orgulloso y complacido. — Bueno; ya que te acordaste. — Estiró la mano para tomarlo, pero antes le tironeó la naríz. — ¿Qué cuenta ese, che? — hizo una mueca indicando el patio donde debía estar Nicasio.

Mariana observaba al indio que inclinado sobre el mostrador volvía a dibujar lo que había aprendido

—Y ¿qué querés que cuente?

El viejo parecía estar ahora de buen humor: chupaba con fruición la bombilla y sin quitarle los ojos sonreía. Mariana, con los suyos en el indio que seguía escribiendo, adivinaba la mirada de su padre y nerviosamente se mordía los labios como torturada por una obsesión. De pronto, con un mohín gracioso, se volvió.

—Tenía que hacerle un pedido, tata.

El viejo llevó una mano al bolsillo.

—¿Cuánto precisás?

—No, no se trata de dinero — dijo ella conteniendo el movimiento.

—Mejor, ¿y qué es?... decí...

La muchacha parecía pretender que de los estrujones que daba al delantal brotara lo que ella no se atrevía a exponer.

—Mañana es el santo de Nicasio — arriesgó.

—En buena hora; ¿y de ahí?

—Yo quisiera que usted le hiciera un regalo.

—¿Y por qué no?, después de todo le debo unas cuantas atenciones.

Mariana dió un salto batiendo palmas y le plantó un beso; luego tuvo una transición súbita.

—¡Ah!, no; imposible; usté no va a querer, tatita; y es un regalo que él me pidió.

—¡Canejo!, como se adelanta hoy; ¿supongo que no se le habrá ocurrido mi lunar?

—No; es un servicio que vale como un regalo para él.

—¡Un servicio! El más grande que le hice fué permitirle que le quisieras.

El pulpero chupaba el mate automáticamente, rizándose el rulo. — Alguna bobería de enamorao — pensaba.

—Júreme que consentirá.

—Sí, sí; acabá.

—¿Me lo jura por su honor de soldado?

Don Ricardo sintió un escalofrío belicoso, visiblemente halagado de que el paisanaje que estaba suspenso de la situación le recordara caudillo. Extendió el brazo y con toda solemnidad juró.

—La muchacha no esperó más.

—Quiero que a Nicasio le enseñe a escrebir su nombre, como a éste — dijo señalando al indio, que seguía emperrado en su trabajo. Una descarga eléctrica no hubiera causado al viejo una conmoción más grande.

—¿Pa iscribirse? — gritó despavorido.

—Para lo que él quiera. ¿Cuándo le regaló el zaino, le puso condiciones?

—¡Pero si es "colorao", m'hija... — suplicó el pulpero anonadado. — En la puerta aparecía Nicasio con su cara de buey lerdo y se cortó la escena.

El viejo había perdido la línea y no encontrando una actitud digna perdió el habla. "In mente" parangonaba su desplante anterior negando públicamente a su futuro yerno el privilegio de la enseñanza con la promesa arrancada por la hija bajo juramento. El dilema era atroz; claudicar de lo que tanto había alardeado o deshonrarse con una apostasía ante el grupo

de paisanos que le sabían de una sola pieza. Hasta el indio había levantado la cabeza para mirarle y él no atinaba más que a dar un violento contrapelo al rulo.

—Tata, se lo va a arrancar — murmuró Mariana asustada de las revoluciones del índice alrededor del lunar.

Don Ricardo tragó bilis que le salía de la boca, pegó una última chupada al mate que roncó de seco y luego por decir algo de un tono que ocultara su drama intenso, preguntó:

—¡Y cómo es el nombre!

—¡Pero tatita!... Nicasio Latorre del Valle Beleda; ¿no se acordaba?...

—¡As!... sí... dijo con un hilo de voz.

Mariana creyó que el furor de su padre se habría atenuado, tuvo lástima y por facilitarle una respuesta se puso de su parte.

—¿Serán muchos nombres, no?

Nicasio creyó llegado el momento de intervenir.

—Pero yo me conozco tuitos los animales marcaos: me he criao entre ellos... — ilustró.

El pulpero miró aquella cabezota con su frente estrecha y la mirada estúpida; pasó la vista sobre los paisanos espectantes y les leyó en los ojos; — había que quemar aquel salvaje que lo tenía boleao.

—Es claro — le contestó, — su novia no se da cuenta. — Y volviéndose a la hija añadió con cáustica pachorra: — ¡Cuánti más nombres, más animales, m'hija!... Pasé pa el fondo, mocito.

A. MONTIEL BALLESTEROS

El Sauzal

Verde, suave de húmeda frescura vegetal, en la uniforme extensión de los campos amarillos se abre, como un oasis, la mancha sedante de los sauces que costean unos doscientos metros del Guaviyú Chico.

El arroyito transparente que no tiene en sus márgenes otra cosa que algún junco raquítico y ese pasto duro y lustroso que crece en montones de penacho, parece que descansara y tuviese ganas de terminar su viaje cuando llega al sauzal.

Y si el arroyo siente la dulzura de la sombra y el arrullo de la greguería de los pájaros y hasta el perfume o la gracia de alguna flor silvestre, — madreselvas, camalotes, achiras, — qué pensaremos de Cirilo Laguna, quien a su decir conoció el arroyo pelado y triste y con sus manos laboriosas hundió en la tierra generosa, hacia más de cuarenta años, las esta-

quitas débiles de lo que fué después el lindo sauzal fresco y rumoroso?

Antes de hacer su rancho en las inmediaciones de la estancia del patrón, éste lo había aconsejado:

—Por qué no plantás algún sauce?... pa sombra, p'ataparte el viento, medio pa cuidarte el rancho.

Y el sauce se le había vuelto sauzal.

Fué al monte y se trajo una carrada de ramas. La tierra era buena. Se entusiasmó con el trabajo, amplió el plantío y lo cuidó hasta ver "prendidos", echando hojas a los arbolitos.

Los vió levantarse, aventurar las primeras guías con las que jugaba el viento; vió agruesarse los troncos; más tarde, tomar ese no sé qué de melancólico, de espiritual que poseen, como un alma, los sauces llorones.

En porfiada, subterránea brega, hundía en el terreno sus raíces el sauzal; analogamente lo hacía en el corazón del paisano.

Vago, como un sentimiento nebuloso, con el crecer de los árboles se le fué formando un amor hacia ellos y los quiso como a su mujer y a sus hijos.

Se venían casi hasta la puerta del rancho y eran su continua visión desde la aurora al anochecer.

La música del viento entre su follaje en estío o

entre las desnudas ramas en invierno, tuvieron un eco en el alma del paisano. A veces, recordando en la noche, sentía su rumoreo, su canto, como hecho de amorosas palabras que se comprendían con la clave del instinto.

Cuando Laguna volvía de tropear, de trabajos que lo retuvieran algún tiempo ausente de su hogar, lo primero que debía aparecer en la lejanía — como un perro fiel — era el sauzal amigo que, con sus verdes primaverales, con sus oros de otoño, con sus troncos huérfanos de hojas, le daban la bienvenida.

El sauzal era como un alargamiento del hogar tibio.

De lejos, al descubrirlo, lo envolvía en una mirada cariñosa y lo confundía en una sola cosa querida:

—Las casas!...

El ombú viejo, los cina-cinas despeinados, el nidito de hornero, unos sauces tristes, se identifican con los escuetos ranchos sin adorno, los complementan, llegándose a amarlos hondamente, como parte de ellos.

No tiene el criollo un amor refinado a la Natura, no es para él la comprensión estética de su belleza, pero es indudable que el continuo contacto con él campo, con el árbol, con el agua, les genera un cariño de cosa familiar, manera de manifestarse de ese oscu-

ro y natural instinto que lleva el nombre casi primitivo a sentir un desnudo y puro panteismo.

Meditativo, callado, en sus largos silencios cuando fabrica una trenza, al lonjear o sobar una guasca, en sus dilatadas horas de mate amargo, debe sufrir la influencia de su inmediata visión y concebir la idea de que tienen algo de sagrado la sombra del árbol, la tibieza del sol, la providencia de la lluvia.

Luego, la tristeza fatalista del criollo es propicia a una íntima concordancia con la melancolía lánguida de los sauces llorones.

Cirilo, aunque no se lo explicara, amaba el sauzal, a cuya sombra solía pescar, donde el patrón — ahora muerto — festejaba con asados con cuero las fiestas de familia, y mientras el vino les desataba las lenguas les hacía recordar "aquellos tiempos", entre los cuales venía trenzado el de la plantación de los gajos de sauce que ahora los cobijaba con su protección cordial.

El paisano lamentaba no poder ser dueño de aquello para conservarlo como una reliquia.

Aunque sin ningún derecho, escudado en el respeto que le tenía Marcelino, el hijo mayor del patrón, quien ahora regenteaba la estancia, iba a protestar cuando cortaban un sauce.

—Lo hacen como pa toriarme, renegaba.

—No, Cirilo, había necesidad.

—No pueden dir al monte?

—Después pa que se v'andar con gueltas; pa qué sirven los sauces?

Y el criollo:

—Aunque sea pa lindo.

En la estancia quedaban comentando:

—El viejo Cirilo está ideoso.

Marcelino heredó solamente plata y campos, no buenas costumbres; era jugador y ayudó a su famliia, que en la ciudad gastaba sin tasa, a dilapidar el capital.

Hipotecó el campo, vendió el ganado sin reponerlo y una vez se le presentó un comprador de sauces, para no sé qué industria.

Era un inesperado negocio.

Vendió a ojos cerrados.

Después tuvo un escrúpulo. Algo, en la conciencia, le recordó:

—Si tu padre viviese...

Pensó en Cirillo, medio loco, tan encariñado con el montecito. Iba a tener que explicarle, que disculparse.

Haciéndose fuerte se animaba:

—Al fin y al cabo, eso no es del viejo maniático.

Eran débiles y sin arraigo sus conceptos...

...Quien había trabajado era aquel Cirilo ideoso, él quien ayudara a sostener la estancia, quien plantara el bosque de sauces y quien, con un derecho de padre, amaba campo y casas y árboles.

Marcelino sabía que, para contestar las protestas del pobre paisano, las palabras se le iban a venir a la boca muy disciplinadas, pero también era consciente que le iba a temblar el corazón, pues a medida que pasaba el tiempo el remordimiento de sus acciones apagaba arrestos y altiveces.

Empezó a temer ese minuto de frente a frente con el acusador.

En una de esas, Laguna no dejaba cortar los árboles y el asunto se complicaría desagradablemente, llegando quizá a cuestión de fuerza.

—¡Es capaz de peliar, el viejo!

Dió la casualidad que Cirilo se fuese en esos días con una tropa para Fray Bentos.

Entonces fué fácil la traición.

El comprador tenía prisa; trajo muchos obreros y pronto de la arboleda no quedaron más que los troncos trozados a ras del suelo cual si hubiese pasado sobre la tierra un cataclismo desvastador.

¡Cómo quedó triste el arroyito mezquino!

El campo amarillo avanzó conquistador hacia aquella desolación.

El rancho más feo, más pobre, se dijera había crecido.

Y los pájaros, sin nido, andaban piando inquietos, como sin rumbo, perdidos, desesperados.

Cuando a los veinte días de su partida, apurando el caballo, apareció Cirilo, desde donde estaba habituado a descubrir el sauzal, miró...

Moría la tarde.

En la grandiosidad del escenario de los campos la hora espesaba sus tules crepusculares; por eso se engañó un momento.

Se alzó sobre los estribos, detuvo el caballo y sus ojos, habituados a dominar distancias, adivinaron!

Venía con uno de los hijos.

Su sorpresa se condensó en esa extraña interjección campera, norteña, de asombro y de pregunta:

—¡Gué!?

E imponía el rostro empalidecido, con una mueca desesperada.

Habían avanzado otra vez.

¡Los hería, brutal, la realidad!

El muchacho, respetuoso, cohibido, callaba.

Cirilo no pudo contener la indignación y con el

rebenque amenazador, apuntando hacia la estancia, con un sollozo de rabia, gritó:

—¡No tienen ley pa nada!... ¡hijos de una gran puta!!

INDICE

